

polémica, no sé si después de haber andado V. primero por el infierno, y después por los cadalsos de los mártires, otro día se me plantará de un vuelo entre los conciertos de los querubines. Entre tanto, vea V. en qué puede complacerle este S. S. S.—*J. B.*

(Número de la Revista correspondiente
á 1.º de Julio de 1843.)

LA POBLACIÓN.

ARTÍCULO 2.º

Dijimos en el artículo anterior que en estas materias, el prurito de mirar las cosas en grande, calculando por lo que resulta de las colecciones de muchos datos, ha hecho que se descuidase el examen de lo que sucede en cada familia. Esto último, si bien más sencillo y aislado, tiene en cambio la ventaja de ser más susceptible de una observación minuciosa; y con las modificaciones correspondientes, no deja de poder conducir á resultados generales. Creemos también, que el deslumbramiento producido por el oropel científico acarrea frecuentemente el olvido ó el desprecio de las lecciones que nos da la simple prudencia: esa prudencia preferible muy á menudo á las concepciones de la razón.

Si bien se observa con tanto discurrir y calcular, al fin los economistas han venido á conformarse con lo que en todas épocas ha estado diciendo el buen sentido de la humanidad. Pregúntate al hombre más rudo si conviene que se aumente la población, y desde luego os dirá, que según cómo y de qué manera. ¿Estáis en un país donde hay

muchos terrenos que beneficiar y capitales que emplear? desde luego os responderá que sí, que faltan brazos, que si no pueden salir del país es menester atraerlos de fuera; es decir, os aconsejará la *inmigración*. ¿Os halláis en una tierra estéril, ó exhausta, ó saturada de hombres? Sin vacilar os dirá, *lo que sobra son brazos, ¿qué haremos de la gente si la que hay no puede vivir?* Todavía más: continuad preguntándole sobre las demás condiciones del problema de la población, y veréis cómo acierta tan bien como el más sabio economista. —¿Hay mucha gente en estas comarcas? —Mucha: ¿no ve V. que como es terreno de mucho pan?... —¿En tal otro país no debe de haber tanta? —Hay poca: pero aun hay demasiado; como la tierra no produce... He aquí que el rústico lo habrá dicho todo, resolviendo con las primeras respuestas, las cuestiones sobre las ventajas ó desventajas del aumento de la población; y estableciendo con las segundas, el principio de que este aumento se verifica hasta llegar al nivel de los medios de subsistencia, y que desgraciadamente por lo común lo excede, produciendo calamidades y miseria. Por lo mismo no nos cansaremos de inculcar que es preciso que la ciencia, sobre todo cuando se trate de estas materias, no se desentienda de ese buen sentido, tanto más digno de que se le escuche con respeto, cuanto no se ha formado en la engañosa región de la filosofía sino en el terreno de la práctica, con los hechos á la vista, sin vanidad, con buena fe, con aquel deseo del acierto que lleva consigo el hombre en los negocios que le interesan de cerca.

Aprovechándonos de estas indicaciones, ensayemos en este artículo el examen de la importante cuestión que nos ocupa, sin descuidar empero las luces que nos ofrezca la observación científica.

Ante todo, propongámonos resolver el primer problema que aquí se presenta sobre las ventajas ó inconvenientes del aumento de la población. Para hacerlo con toda claridad, hagamos diferentes suposiciones. Trasladémonos al hogar de una familia muy pobre, que alcance con dificultad

ad á proporcionarse los indispensables medios de subsistencia. ¿Le conviene el aumento de sus individuos? Para saberlo, veamos lo que le sucederá en caso que este aumento se verifique. Por de pronto es evidente que crecerá el número de los consumidores, quedando estacionaria la producción, si es que no disminuye. Un niño necesita durante muchos años cuidados asiduos, que absorben una parte del tiempo que las personas útiles gastarían en producir, lo que hace que sea en esta línea lo que se llama una cantidad negativa; y por tanto lejos de traer ningún provecho material á la familia, le acarreará perjuicio. Es claro que no es fácil señalar ni siquiera con alguna aproximación á cuánto ascenderá el tiempo perdido, ó en otros términos, cuánto trabajo habrán impedido los cuidados que se deben prodigarle; pero es cierto que esta pérdida existe, y que no es de poca consideración.

Alléganse á esto los gastos de manutención y educación, lo que cuando el niño llega á la edad en que puede empezar el trabajo, sube á una cantidad mayor de lo que quizás comunmente se cree. El tierno amor de los padres á sus hijos no permite que se noten los continuos sacrificios que se están haciendo; pero no deja por ello de existir la realidad con todas sus consecuencias. En los hospicios del reino de los Países-Bajos todos los gastos de un niño desde el nacimiento hasta la edad de doce ó diez y seis años se calculó que ascendían á 1110 pesetas. Para tomar un número redondo fijémoslo á 1000 pesetas, y tendremos que una familia que haya tenido que sostener cuatro por ejemplo, habrá invertido un capital de 4000 pesetas ó sean 16000 reales: capital que para una familia pobre es de mucha consideración, y de cuya existencia ó déficit están pendientes las fortunas de esta categoría.

Supongamos en dos situaciones diferentes la familia en cuestión: una en que no hubiese tenido más que dos hijos; otra en que le hayan cabido seis. Es evidente que así para los padres como para los hijos, será mucho más ventajosa la primera situación; pues que los 16000 reales que

habrían servido para la manutención de los cuatro, habrán refluído sobre los dos, sirviendo al propio tiempo para que los padres vivieran con más desahogo.

Estas reflexiones fundadas en datos tan sencillos y tan claros, manifiestan hasta la evidencia, que en el caso de existir en cantidad muy limitada los medios de subsistencia, lejos de ser saludable el aumento de la población, es perjudicial á los preexistentes y á los nuevamente nacidos.

Se alegará quizás en contra de lo dicho, el que si bien por algún tiempo se verifica que este aumento es una carga, se compensan después estos daños con la mayor producción que se alcanza, tan pronto como llegado el niño á la edad de trabajar, no sólo gana lo necesario para su subsistencia, si que también reintegra á sus padres de los sacrificios que por él han arrostrado.

Es necesario observar, que cuando llega un niño á la edad en que puede ganar su sustento, adquiere desde luego mayores necesidades, en las que se invierte lo que podría sobrar si se tratase únicamente de atender á los medios más indispensables de subsistencia. Sin que sea menester mucho cálculo basta dar una ojeada á lo que está pasando continuamente á nuestros alrededores para convencernos de cuán ficticia es la pretendida compensación. ¿Queréis saber lo que hay en esto de verdad? no apeléis al juicio de los economistas; preguntádselo á los padres de familia.

Sin embargo, si por guarismos se quiere resolver la cuestión, tampoco rehusaremos el considerarla bajo este aspecto. Y para que no se diga que exageramos tomaremos por base del cálculo las suposiciones que menos puedan favorecernos: dividiremos la edad de un niño de doce años en tres períodos, desde el nacimiento hasta cumplir los cuatro, después hasta los ocho, y finalmente hasta los doce. Demos que en los primeros cuatro años, todos los gastos acarreados á la familia no excedan de 200 reales al año, lo que da para cada día poco más que la insignifican-

te cantidad de medio real. Nadie dirá que el presupuesto sea desmedido, pues al contrario parece cierto, que contando alimento, vestido, gastos de enfermedades, pérdida de tiempo y por consiguiente de trabajo, la indicada cantidad es insuficiente, aun suponiendo no más que aquellos cuidados que se dispensan á la infancia en las familias más miserables. En esta hipótesis tendremos que al llegar el niño á los cuatro años habrá consumido..... 800 reales.

En los cuatro sucesivos es claro que los gastos crecen considerablemente; y aun cuando no sea fácil determinar á cuánto ascienden, ni la proporción en que se aumentan, por depender de mil circunstancias diferentes, se aumentan, no obstante que no se nos tachará de exagerados, si suponemos que llegan á 400 reales al año, lo que da para cada día poco más de un real.

En este caso desde los cuatro á los ocho habrá consumido el niño..... 1600 reales.

Por razones análogas podremos suponer que el niño en el tiempo transcurrido desde los ocho á los doce necesita para su manutención y demás necesidades, poco más de un real y medio al día, lo que importa anualmente unos 600 reales; así en los últimos cuatro años habrá consumido 2400 reales.

Reuniendo estas cantidades resultará:

	GASTOS.
Primer periodo del nacimiento hasta cumplir 4 años.	800 rs.
Segundo periodo de 4 á 8.. . . .	1600 »
Tercer periodo de 8 á 12.. . . .	2400 »
TOTAL.	4800 rs.

No es regular que nadie sospeche exageración en este cálculo; pues que muy al contrario, según todas las apariencias no llega ni de mucho al presupuesto indispensable, aun cubriendo las atenciones con la mayor estrechez y mezquindad; siendo de notar que no iguala al de los hos-

picios del reino de los Países-Bajos. Como quiera, no insistiremos mucho sobre este particular, porque los raciocinios que en esto fundaremos, pueden muy bien prescindir de la mayor ó menor aproximación, estando seguros de que generalmente hablando, la hipótesis peca más bien por defecto que por exceso.

Tenemos, pues, que el niño al cumplir los doce habrá gastado 4800 reales; desde los doce á los diez y seis, puede suponerse que ocupándolos en aprendizaje gana su alimento: y tomamos por tipo esta ganancia porque sirve algunas veces de regla en nuestro país. Entonces no entran en cuenta ni el vestido, ni las enfermedades, ni otros gastos que nunca faltan, y que reduciéndolos á su menor expresión siempre pasarán de 200 reales; con lo que al encontrarse el niño en los diez y seis tendrá contraída una deuda que excederá de 5000 reales.

En semejante edad, aun suponiendo las circunstancias más ventajosas, el jornal no será crecido; y casi puede darse por seguro que durante los dos ó tres años sucesivos será muy escaso el ahorro que podrá hacerse; mayormente teniendo en cuenta que el alimento ha de ser más abundante y de mejor calidad, y que es preciso que el traje sea cuando menos decente.

Por ahora no hemos encontrado medio de compensación, ni sabemos cómo podrán amortizarse los 5000 reales.

No faltando el trabajo y siendo regulares los salarios, puede en algunos lugares el jornalero ahorrar una parte del fruto de su sudor; pero entra luego la edad de las pasiones, apodérase del ánimo el deseo de lucir: á proporción que cesan las privaciones y la estrechez del tiempo anterior crecen las necesidades, multiplicanse los caprichos, de suerte que generalmente hablando no hace poco el trabajador si alcanza á nivelar los gastos con los ingresos. Esta es la historia de los primeros veinticinco años de todo joven perteneciente á la clase pobre, esto es la pura verdad; esto enseña la experiencia y estamos seguros

de alcanzar en este punto el asenso de todos los hombres juiciosos. Mas que nadie pudiera la clase pobre confirmar la verdad y exactitud de estos cálculos, poniéndonos á la vista su triste experiencia.

Resulta pues que cuando un individuo perteneciente á la clase menesterosa llega á la edad de veinticinco años, si trata de contraer matrimonio, su existencia deja en la familia ó en la sociedad un vacío que representa el valor de 5000 reales; vacío que probablemente no llenará debiendo atender á los gastos que le imponen las necesidades de su nuevo estado.

Además, infiérese de lo dicho, que cuando un país se encuentra escaso de recursos, el aumento de la población no hace más que acrecentar su miseria. Figurémonos que los nuevos nacidos estén en mucha desproporción con los que mueren; al cabo de algunos años ¿qué llaga más profunda no se abrirá á la prosperidad pública teniendo la riqueza total un déficit tan grande como es el que resulta de la multiplicación de los 5000 reales por el número de individuos que hayan llegado á mayor edad? Ni vale el decir que el trabajo de éstos aumentará sucesivamente la misma riqueza, porque en cambio los nuevos matrimonios con sus hijos irán consumiendo el producto, y dando sucesivamente la desproporción que por necesidad hemos visto que resulta de la existencia de los consumidores improductivos.

En esta materia se padece una equivocación por suponerse con harta facilidad que para producir bastan los brazos, cuando al contrario sucede muy á menudo que son los brazos lo que más abunda, y que lo que falta son capitales y demás circunstancias favorables á la creación y aumento de la riqueza. Echemos una ojeada sobre lo que acontece á la generalidad de las familias pobres, y nos convenceremos de esta verdad. Vemos á cada paso que así en la agricultura como en la industria, hay familias donde tres ó cuatro individuos robustos alcanzan á duras penas á procurarse los indispensables medios de subsisten-

cia; ¿son brazos por ventura lo que echan menos? es cierto que no: lo que les hace falta es la oportunidad de emplearlos con el capital necesario para fecundar sus sudores, es un mercado donde puedan vender lo poco que han producido. He aquí en pequeño lo que en la sociedad se verifica en grande: el hombre está condenado á comer el pan con el sudor de su rostro, y para mayor infortunio le acontece muy á menudo, que se ve precisado á derramarlo sobre un terreno que en vez de trigo sólo le produce abrojos y espinas.

El aumento de la población en un país donde escaseen los medios de subsistencia produce resultados tan dolorosos como acabamos de ver; y esto se verifica aun no llevando en cuenta una de las condiciones que más aumentan la infelicidad, contribuyendo á destruir la riqueza. El cálculo precedente ha estribado en el supuesto de que los nacidos llegan á mayor edad, y que por tanto la sociedad si no consigue otra cosa, al menos adquiere brazos que podrá emplear cuando la oportunidad se le brinde. Pero desgraciadamente no se cumple semejante condición con tanta generalidad como pudiera creerse; porque la miseria produciendo sus naturales efectos, acrecienta el número de las enfermedades, las que no pudiendo ser atendidas de la manera conveniente, aumentan la mortandad de los nacidos, sepultándose con ellos todo el capital invertido en su manutención. En tal caso, aun suponiendo que la vida de los nacidos se prolonga más ó menos, aproximándose á la edad en que serían útiles para el trabajo, tendremos que todo el aumento de la población será un verdadero daño; pues que al fin no conducirá á más que á multiplicar gastos, que serán tanto mayores cuanto el consumidor improductivo haya vivido más largo tiempo.

Se comprenderán más fácilmente estas verdades, si ateniéndonos al sistema que estamos siguiendo las consideramos con respecto á una familia. Es evidente que lo que á ésta conviene en caso de haber tenido muchos hijos, es que lleguen á mayor edad, porque si mueren antes, no

quedará ni siquiera la esperanza de que se cubran los gastos de la manutención. De esto se infiere que si en un país se verifica el aumento de la población de tal suerte, que solamente crezca el número de los niños, sin que suceda lo mismo con respecto á los adultos por fallecer aquéllos antes de llegar á mayor edad, semejante incremento lejos de producir ningún bien sólo le acarreará perjuicios. El aumento de los hombres puede compensar el déficit que su manutención ocasiona, proporcionando brazos aplicables al trabajo, ó á otros destinos del servicio público, que aun cuando no lleven aquel nombre contribuyen al logro del mismo objeto: es decir que la compensación se verifica, ó aumentando directamente la producción, ó supliendo á los que se ocupan en aumentarla. Por lo que si damos que gran parte de los nuevos nacidos mueren antes de llegar á la edad competente, todo el incremento que resulte en la estadística de la población, no será un signo ni de riqueza ni de fuerza, sino la expresión de una nueva necesidad, que no lleva consigo ningún medio de satisfacerse.

Por estos motivos es indispensable atender no sólo al número sino también á la clase de la población, pues de otra suerte estaríamos tan en obscuras con respecto á los resultados que puede producir, como si sabiendo que en una familia hay seis personas, ignorásemos si son aptas todas para trabajar, ó si son niños y ancianos.

Y no se crea que en esta materia se hallen las diferentes edades en una razón fija, de manera que en conociendo los individuos de una, pueda sacarse por regla de proporción cuántas existen de la otra, ni siquiera con alguna aproximación; como son tantas las causas que modifican las condiciones de la vida, y que pueden influir en el número de los nacimientos y muertes, conócese desde luego que no hay en este punto una ley constante, y que en los varios países debe de observarse muy notable diferencia. Así es en efecto, y los datos recogidos por los economistas han venido á confirmar las conjeturas de la razón. Sería conveniente que distribuidas las edades en una es-

cala de muchos grados se estableciesen con alguna aproximación las relaciones en que se encuentran; pero dado que un trabajo semejante para hacerse con alguna perfección exige no poco tiempo, será preciso contentarnos con lo que poseemos.

Se han formado estados comparativos entre los individuos de más de cinco años, y los que no han llegado á esta edad, y por ellos se echa de ver la enorme diferencia de la relación en los diferentes países. No deja de ser curioso el que damos á continuación.

	INDIVIDUOS DE MENOS DE 5 AÑOS.	INDIVIDUOS DE MÁS DE 5 AÑOS.
Gran Bretaña (1821).	4,241	5,758, 5 (1)
Irlanda (1821).	4,108	5,895, 5
Inglaterra (1821).	3,891	6,105, 8
Inglaterra y país de Gales (1813 á 1830).	3,908	6,092, 2
Francia (antes de 1789).	2,121	6,879
Bélgica (1829).	3,332	6,668
Suecia (1820).	3,211	6,782
Estados-Unidos (1830).	4,498	5,500, 2

Buscando ahora la razón en que están los individuos de dichos países, y expresándola también por decimales, nos da la siguiente tabla:

Gran Bretaña (1821).	1,36
Irlanda (1821).	1,43
Inglaterra (1821).	1,57

(1) Por si este cuaderno parare á manos de algún lector que no conociese el sistema decimal, advertiremos para facilitarle la inteligencia, que este 5 y los demás guarismos que le corresponden en la misma columna, á la derecha de la segunda coma, son quebrados decimales que pueden respectivamente expresarse por $\frac{1}{2}$, $\frac{4}{5}$, $\frac{1}{5}$, cantidades que, como veremos después, casi pueden despreciarse, cuando se trata de buscar la relación, que es lo que conviene averiguar.

Inglaterra y país de Gales (1813 á 1830).	1,56
Francia (antes de 1789).	2,20
Bélgica (1829).	2,00
Suecia (1820).	2,11
Estados-Unidos (1830).	1,22

De la tabla anterior resulta, que los países donde en las épocas respectivas era mayor el número de los individuos que pasaban de 5 años, son la Francia, la Bélgica y la Suecia, figurando en el extremo opuesto la Gran Bretaña y los Estados-Unidos. En 1789 la Francia contaba 25 millones de habitantes, y en la actualidad cuenta más de 34 millones; pero sería un error el pensar que la fuerza de su población esté ahora con respecto á dicha época en la razón de 34 á 25, pues antes sería preciso investigar la razón en que se hallan los adultos con relación á los niños; y como es muy probable que la diferencia estaría en favor del tiempo de 1789, no resultaría ni de mucho lo que á primera vista arrojarían los números donde se hiciese abstracción de clasificaciones.

En todo país donde se ha verificado muy recientemente un rápido aumento de la población debe ser por necesidad muy crecido el número de los niños y jóvenes, lo que vemos confirmado con los ejemplos de Inglaterra y de los Estados-Unidos; así como debe ser comparativamente mucho mayor el de los adultos en las naciones que no hayan tenido este rápido aumento; lo que acontece en las que han continuado sometidas á circunstancias regulares por no haber tenido ninguna revolución industrial ni social. Con el mismo sistema de observación, no perdiendo de vista los datos recogidos por la ciencia económica, continuaremos otro día el examen de tan importante materia.—J. B.